

Implicaciones intrafamiliares de la población en la tercera edad

Luis Leñero Otero

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

Resumen:

Este artículo es una introducción crítica a la concepción peyorativa y estereotipada de la vejez, concebida como una etapa de decadencia en lugar de comprenderla como una de acumulación de experiencias y saberes, a la vez que una crítica a la falta de distinción de las diversas subetapas vitales que implica. Así, aparece la referencia familiar básica: se habla de una tercera y cuarta edades, desde el momento de ser abuelo y bisabuelo, respectivamente. Se señalan los volúmenes demográficos de cada fase en la población mexicana mayor y se analizan los principales rasgos de la tipología y la caracterización familiar. Se utilizan datos de diversas investigaciones empíricas, resaltando la alta significación de las unidades domésticas "más que nucleares" y de las unipersonales en esta población. El artículo analiza las condiciones económicas que viven las personas de edad avanzada comparadas desventajosamente con las de sus hijos y nietos ya casados, y se alude a sus relaciones conyugales.

Abstract:

The paper begins with a critical examination of the stereotyped framework which conceptualizes the old age only as a declined period of life without taking into account the accumulative knowledge acquired by the older's experiences. It is followed by an even more acute criticism to the approaches that do not recognize the different stages that the such named "advanced age" includes. The paper emphasizes the importance of the family as the institution in which persons became grand and great grandparents and develop new roles and personalities. The paper, based on several empirical researches carried out throughout the country, shows the deteriorated economic conditions of elders compared to those of their children and grand-children, already married. The study also analyses the greater conjugal conflicts that they face.

Introducción

Vamos a referirnos a la población de avanzada edad con una óptica sociológica aplicable a los diversos ámbitos de las manifestaciones social, cultural, económica y política. En este sentido, la alusión a las personas "de la tercera y cuarta edad" no resulta eufemística para sustituir a la connotación de "ancianos", "viejos", "seniles", cargados, efectivamente, de un sentido peyorativo y hasta ofensivo. Incluso, el mismo estudio gerontológico y biológico llega a convertirse en una visión de la decadencia vital, más que en

su significado positivo del ciclo de la vida humana, presente en todo el conjunto social.

La primera edad puede ser entendida como la etapa que va del nacimiento del ser humano, hasta que la persona se convierte en reproductora no sólo de nuevas vidas, sino también de nuevas unidades sociales, comenzando por su propia familia. Entonces, cuando se convierte en progenitor se puede hablar de la segunda edad, en la que también se tiene que aprender y experimentar una nueva función vital y social, con todo lo que ello significa.

Pero no menos importante, en este proceso existencial humano, es convertirse en un progenitor de segundo nivel, es decir, en abuelo-a. Como en las dos etapas anteriores, la tercera está llena de nuevos aprendizajes y experiencias, al mismo tiempo que replantea la vida en una nueva dimensión que puede fácilmente —según las actuales tasas de esperanza de vida— abarcar hasta un lapso cercano a los 30 años. La incorporación a esta tercera edad, iniciada en el umbral que conecta la vida madura con la vejez, propiamente dicha, depende, más que del cumplimiento formal de una edad fija de entrada y una de salida, de una función reproductora de la vida, asociada a las condiciones sociofamiliares, económicas, públicas y privadas en las que se puede desarrollar. Pero, en todo caso, implica precisamente un desarrollo vital, más que una decadencia y oscurecimiento de la misma. Necesariamente desemboca o en la muerte (posible en cualquiera de las anteriores etapas) o en lo que podríamos llamar la cuarta edad, relacionada, en esta misma perspectiva familiar-reproductiva, al hecho de ser bisabuelo-a o a su equivalencia.

En este sentido, el término “personas de la tercera edad” no resulta eufemístico para sustituir a la connotación de “ancianos”, “viejos”, “seniles”, voces cargadas efectivamente de un sentido peyorativo y hasta ofensivo.

Pero lo que nos interesa fundamentalmente en este trabajo, más que hacer una simple referencia descriptiva de la creciente realidad de nuestra “población envejecida”, es plantear una óptica de análisis de tipo hermeneútico sobre la significación de los fenómenos sociodemográficos y socioculturales implicados intrínseca y circunstancialmente con el tema por tratar.

Para ello, utilizamos la información proveniente de varias investigaciones empíricas sobre la familia (tanto en encuestas como en estudios de caso en profundidad), realizadas por el Instituto Mexicano de Estudios Sociales, A. C. (IMES), en los últimos años, en diversos puntos de la República: una en el medio rural de La Chontalpa, Tabasco (1983-1984); otra en tres ciudades medias de la provincia mexicana del centro del país —Querétaro, San Luis Potosí y Morelia—

(1981-1982), y una en la zona de Aragón en la Delegación Gustavo A. Madero del Distrito Federal (1993). No se trata de estudios específicos sobre la vejez ni de encuestas diseñadas con el mismo propósito y temática, pero en los tres casos, a partir de un muestreo aleatorio básico, se ha podido obtener informaciones comparables de tres generaciones familiares identificadas como la de los abuelos, la de los padres de familia y la de los hijos jóvenes ya casados. Remitimos a los interesados a los detalles metodológicos de cada estudio, presentados en los reportes correspondientes señalados en las notas anexas de referencia; los estudios pueden consultarse en el centro de documentación del Instituto Mexicano de Estudios Sociales (IMES), así como en las publicaciones existentes al respecto.¹

Dividimos nuestro trabajo en tres partes: en la primera, aludimos al sentido de un enfoque intergeneracional como vía de análisis comprensivo de la tercera edad; en la segunda, presentamos algunos datos que nos permiten hacer comentarios hipotético-interpretativos, y, finalmente, apuntamos algunas posibles implicaciones de lo anterior para las estrategias de atención e intervención social sobre la problemática de la vejez en México.

El estudio generacional útil para el análisis comprensivo y fenomenológico de la tercera edad

El estudio generacional parte del supuesto de que las cohortes generacionales de niños, de jóvenes, de adultos y de mayores no son idénticas en su caracterización cualitativa, en los diversos tiempos históricos y en las distintas sociedades o ámbitos sociales,² a pesar de sus rasgos demográficos y biológicos equivalentes.

¹ Pueden citarse las siguientes referencias: Luis Leñero O. y Ma. Estela Fernández, *Formas de vida en ciudades medias del centro de México*, ed. IMES, 1983, México, y los reportes extensivos del estudio completo: *Cambio social en ciudades medias de la provincia central mexicana y las formas de vida cotidiana*, cfr. proyecto, núm. 172, centro documental IMES, 1982, así como los reportes extensivos del estudio *Familia como unidad mediadora entre el sistema rural productivo y la conducta demográfica*, Chontalpa, Tab. 1984, cfr. proyecto núm. 178, centro documental IMES, y los reportes extensivos del estudio *La religiosidad de la población en la ciudad de México, zona Aragón, D.F.* cfr. proyecto núm. 249, 1993.

² Puede citarse una serie de autores que han estudiado el tema de las generaciones como forma de entender mejor el sentir histórico. Entre ellos pueden citarse a Ortega y Gasset, Wilberto Jiménez, Octavio Paz, Germán Posada, Luis González, E. Krauze, entre otros.

Esto es más claro —aunque sujeto a una serie de distinciones de nivel y ámbito sociales— en el caso de las generaciones juveniles (renovadas en lapsos no del todo precisos). Lo mismo sucede con las personas de la tercera edad (abuelos) en las distintas etapas históricas. Podemos decir, así, que ni los jóvenes de hoy ni las personas que actualmente están en la tercera edad son fenomenológicamente iguales a los jóvenes y mayores de otras épocas y generaciones históricas anteriores y posteriores.

Por ejemplo, en este siglo, puede hablarse de las generaciones juveniles más sintomáticas (Leñero, 1991), aparecidas en lapsos convencionales menores (entre los 15 y 20 años) a los del promedio de la reproducción puramente biológica (de cada 25 años):

- a) La generación juvenil de los años 1910 a 1915 (la que participa en la Revolución);
- b) la del 29 (involucrada en la construcción posrevolucionaria inmediata);
- c) la de mitad del siglo (que vive el inicio del desarrollo sostenido);
- d) la del 68 (crítica frente al desarrollismo);
- e) la de los años 1980 a 1985 (que experimenta la crisis económica y el momento sísmico), y
- f) la que está por llegar con el fin y principio de siglo.

Así también podría referirse a la caracterización e interacción de las generaciones de la tercera y cuarta edades, en los lapsos correspondientes. Un intento muy sugestivo al respecto es el apunte histórico hecho por Luis González (1984) sobre “la ronda de las generaciones” de la elite, incluyendo su desarrollo en el momento de su tercera y cuarta edades. El planteamiento permite obtener otra visión del fenómeno de la vejez a nivel de la vida pública y demuestra que las generaciones mayores pueden conservar un papel altamente significativo en diversos momentos y procesos históricos, comparado con el que cumplieron otros “terceretarios” que desaparecieron del plano sociopolítico y económico más tempranamente.

Por su parte, una historia demográfica puede dar cuenta de los perfiles más generales de las generaciones de la tercera edad (la del abueleaje) en las distintas fechas de referencia censal. Apuntar, por ejemplo, entre otros datos, el volumen absoluto y relativo de la generación anciana sobreviviente, frente a las otras generaciones, dentro de la estructura etarea de la población total.

Así, podemos ver la relación sobre el volumen de la población mayor de 49 años. De hecho, esta edad, aun en un periodo de la vida activa del adulto, puede considerarse convencionalmente como una etapa vital, en el que se ha terminado el periodo reproductivo de la mujer y tanto ella como el varón pueden experimentar, al ser abuelos, una segunda reproducción familiar.

Es posible considerar que, en sus porcentajes mayores, cada 25 años aparece una nueva prole (generación biológica propiamente dicha) que, en el conjunto poblacional, se va traslapando entre las sucesivas cohortes etareas.

En el cuadro 1 podemos ver la relación de los volúmenes de personas en la tercera edad según los diversos datos censales de México.

CUADRO 1
POBLACIÓN TOTAL Y RELATIVA DE LA TERCERA EDAD EN DIVERSOS
AÑOS DE LA HISTORIA RECIENTE DE MÉXICO

<i>Año</i>	<i>Total absoluto (miles)</i>	<i>Total relativo (%)</i>
1895	1 060.7	8.4
1910	1 275.6	8.4
1921	1 585.1	11.1
1930	1 745.1	10.5
1950	2 775.9	10.8
1970	4 913.1	10.2
1990	9 276.4	11.4

Fuentes: INEGI, 1990, *Estadísticas Históricas*, (5) y *XI Censo General de Población y Vivienda*, ed. INEGI, México.

En esta simple relación de los datos intercensales se puede ver cómo mientras el número absoluto de las personas de la tercera edad (posibles abuelos de 50 años y más) se multiplicó prácticamente por 10, durante el siglo transcurrido, el porcentaje respecto a la estructura global de edades apenas si asciende tres puntos. Pero lo más importante es que si hacemos un análisis minucioso de las diferencias entre las generaciones de la tercera edad en los diversos momentos históricos vamos a tener que admitir que hay variantes fundamentales: cada una ha tenido un papel ciertamente distinto, y se ha mostrado y actuado con tonos y manifestaciones caracterológicas muy diversas.

El análisis habría que llevarlo al detalle y especificar su variedad espacial y la existente entre las distintas capas sociales tanto en su papel público y social como en el relativo a su vida privada y familiar. Sólo así podríamos caracterizar adecuadamente el sentido y la variación de las generaciones de la tercera edad en el tiempo y en el espacio.

Algunos rasgos del perfil caracterológico y social de las personas de la tercera edad actual, y de su vida familiar

Composición familiar y tercera edad

La forma en que se manifiesta la tercera edad en la vida privada depende de las modalidades de la organización familiar. De hecho, en este siglo se ha desarrollado grandemente el modelo de familia nuclear. Éste ha afectado, de manera especial, el sentido vital de la tercera edad. En la modalidad organizacional nuclear-conyugal, la unidad doméstica debe estar conformada básicamente por padres e hijos solteros; el hogar de cada núcleo marital debe ser un tanto autónomo de la parentela, con un sistema de toma de decisiones, de crianza y formación de los hijos independiente de los núcleos familiares de los padres, hermanos u otros parientes. Al cumplirse esto, se hace a un lado la injerencia de los padres-suegros-abuelos en las unidades familiares de sus hijos y los aleja de ellos, al menos físicamente. El abuelo-a se convierte en un intruso que puede interferir y provocar conflictos intra e interfamiliares en los nuevos hogares de los hijos convertidos en padres adultos.

El modelo, con todo y su vigencia normativa actual, no llega a cumplirse de manera tajante. A pesar de que los datos oficiales y censales apuntan un porcentaje mayor de 70, hemos podido registrar en múltiples encuestas que los porcentajes reales de las familias estrictamente nucleares son mucho menores y que, de hecho, fluctúan en el ciclo vital de la familia.

Pero, por otra parte, las unidades domésticas de composición más que nuclear, semiextensa o totalmente extensa (con miembros de tres generaciones y más de una pareja conyugal), reconocen la presencia de los abuelos (o de uno de ellos, incorporado a una de las familias nucleares de sus hijos), pero ya casi nunca con la función que antaño tenían en el modelo de familia consanguínea y hasta patriarcal o semipatriarcal.

De lo anterior se puede decir que la vida de las personas de la tercera y cuarta edades va a depender grandemente del sistema real y del modelo teórico-práctico puesto en marcha para la supervivencia: el acomodo y el desarrollo de la red familiar. La vida de las personas de edad avanzada puede estar caracterizada por el aislamiento o por la integración al proceso reproductivo de las familias de los hijos.

Se puede encontrar una persona anciana (hombre o mujer) solitaria, empobrecida, abandonada, enferma y sin mucho sentido de su vida o, por el contrario, tratarse de un ser venerable —como la referencia tradicional lo pintaba—, apreciado, escuchado, con autoridad moral real, reconocido como consejero, juez y parte fundamental de la unidad familiar; cuidado y atendido por los suyos, reconocido en el valor de su historia y patrimonio. Todo ello se convierte, a través de la organización familiar, en la clave del sentido o del sin sentido de la vida del anciano.

En el cuadro 2 vemos cómo aparece la composición de la familia de los abuelos en nuestros datos.

CUADRO 2
COMPOSICIÓN FAMILIAR POR GENERACIONES Y LUGARES
(Porcentual)

<i>Familia</i>	<i>Rural Chontal*</i>			<i>Ciudades medias**</i>			<i>Ciudad de México***</i>		
	<i>Hijo</i>	<i>Padre</i>	<i>Abuelo</i>	<i>Hijo</i>	<i>Padre</i>	<i>Abuelo</i>	<i>Hijo</i>	<i>Padre</i>	<i>Abuelo</i>
Nuclear	81	72	36	55	65	37	58	59	44
Compuesta	18	24	57	26	11	35	31	24	34
Extensa				11	4	18	5	9	4
Seminuclear/ unipersonal	1	4	7	4	2	10	6	8	18
Totales	100	100	100	100	100	100	100	100	100

* Encuesta realizada en 1983 a 445 familias de 22 ejidos de la Chontalpa, Tabasco.

** Encuesta realizada en 1981 a 1 200 familias de Querétaro, San Luis Potosí y Morelia.

*** Encuesta realizada en 1993 a 515 familias de la zona de Aragón, Delegación Madero, Ciudad de México.

Como puede verse, hay en los ámbitos rural y citadino medio una marcada tendencia a que la persona de la tercera edad viva en un hogar compuesto, más

que nuclear o extenso, a diferencia de las dos generaciones posteriores que actualmente se encuentran en etapas de su ciclo familiar inicial o intermedio, en el que predomina la composición nuclear. Parece ser que esta situación varía un poco en la Ciudad de México, pues nuestros datos acusan un ligero predominio de familia nuclear sobre la compuesta y extensa juntas, pero debemos notar que el número de abuelos en familias seminucleares (uniparental o unipersonal) aumenta considerablemente hasta 18 por ciento.

De cualquier manera, es evidente que cuando los miembros de la primera generación se convierten en abuelos la fórmula organizativa tiende a adoptar la modalidad de familia mixta, entre nuclear y extensa. Las razones parecen ser diversas, pero indudablemente influye, sobre todo en las ciudades, el que los hijos jóvenes que se casan tengan grandes dificultades económicas para contar con una vivienda propia, separada de la de sus padres.

Aquí estamos ante el hecho de ver cómo la familia nuclear, por ideal que se considere su modelo, presenta una serie de limitaciones, sobre todo para una población mayoritariamente pobre que requiere el apoyo parental para salir adelante, pero también para la población de la tercera edad, que se convierte en marginada de las familias nuevas de sus hijos. La nuclearidad y la autonomía de la familia conyugal excluyen a las personas de la tercera edad, pero también no está hecha para integrar, de manera más estable, a los adolescentes solteros que se sienten incómodos en “el hogar de sus padres”.

La recurrencia mayor a la familia mixta es una forma virtual de recomponer el sentido problemático de la dinámica de la familia puramente nuclear, que no cuenta con una diversidad de recursos humanos para resolver los problemas que se le presentan —haciendo a un lado a la primera generación— y que, además, tiene un mayor costo de operación. Pero esta recomposición hace que a las personas que no forman parte del núcleo padres-hijos solteros, se les considera como “acogidas”, cuando no como “arimadas”; esto repercute en el sentido de recelo que aparece en la interrelación familiar de las personas de la tercera edad.

Hay aquí, por lo tanto, una problemática no resuelta aún en las formas de organización doméstica, sobre todo en las grandes ciudades, en las que los lugares de habitación de los abuelos, padres e hijos casados pueden encontrarse totalmente dispersos en una misma urbe, cuando no en todo el país o fuera de él, en el caso de la población emigrante.

Situación de desventaja económica del abuelo frente a la de sus hijos y nietos

Por ahora nos interesa recalcar cómo los abuelos se encuentran hoy en día en una situación desventajosa frente a las familias de sus hijos y nietos.

El cuadro 3 nos permite comparar algunos datos de las condiciones económicas de los hogares donde viven los abuelos, frente a los de sus hijos y nietos ya casados, residentes en la misma localidad.

CUADRO 3
CONDICIONES DE NIVEL DE VIDA DE LA GENERACIÓN ACTUAL
DE LOS ABUELOS COMPARADA CON LA DE LAS DOS
GENERACIONES POSTERIORES
(Porcentajes)

	Rural Chontal*			Ciudades medias**			Ciudad de México***		
	Hijo	Padre	Abuelo	Hijo	Padre	Abuelo	Hijo	Padre	Abuelo
Carencia alimenticia en el hogar	13	31	24	17	22	36	6	8	9
Ingresos mens. fam. menor de 1 SM	41	47	58				6	9	14
Ingresos mens. fam. menor de 3 SM							40	34	56
En casa no alcanza el gasto				29	43	58	51	69	83
No alcanza bien el gasto para salud							53	64	73

* Encuesta realizada en 1983 a 445 familias de 22 ejidos de la Chontalpa, Tabasco.

** Encuesta realizada en 1981 a 1 200 familias de Querétaro, San Luis Potosí y Morelia.

*** Encuesta realizada en 1993 a 515 familias de la zona de Aragón, Delegación Madero, Ciudad de México.

La información de las encuestas confirma lo que hemos podido constatar en los estudios cualitativos de historias de vida:³ los abuelos sufren condiciones económicas sensiblemente más duras que las familias de sus hijos e, incluso, que la de sus nietos adultos. Podría decirse que con el aumento de la edad no sólo envejecen y pierden *status* sociofamiliar, sino que también se empobrecen.

³ Véase una serie de estudios de historia de vida, analizados comprensivamente: María del Carmen Elu, y Luis Leñero, 1992, *De carne y hueso, estudios sociales sobre género y reproducción*, ed. IMES. México.

En el propósito supuesto del intercambio económico intergeneracional (Caldwell, 1976), la primera generación “invierte” en los hijos para que, al salir éstos adelante, la familia entera también mejore. Pero esto no se da claramente en la realidad. La retribución —al menos económica— a los padres que invierten en sus hijos no es compensada después, cuando la capacidad productiva de los primeros empieza a descender. El modelo nuclear-independentista hace que el hijo casado, y su nueva familia, consideren su beneficio como mérito suyo únicamente.

La resistencia y hasta el rechazo a esta dinámica inmersa en la estructura familiar conyugal y nuclear adopta, entonces, formas un tanto ambivalentes: tratar a los abuelos con un simbólico reconocimiento —más que con un real involucramiento—, con afecto y hasta con estratégico cariño, que permita a los ahora nuevos padres obtener ventajas de su presencia, por ejemplo: cuidado y atención de los nietos; recibir de ellos apoyo económico; posibilidad de conseguir una hipoteca con su terreno, tierra o casa, o apropiarse de su antiguo negocio o de su taller o, incluso, del espacio de la casa paterna (o materna), y hasta de su fondo de pensión o retiro, antes de que ellos mueran.

Muchas veces esta “estrategia” de las nuevas familias (que en todas las capas sociales se presenta de una u otra manera) lleva al despojo y al demérito de los abuelos calificados como incapaces para hacer fructificar los pocos o muchos bienes que pudieron lograr en su vida productiva. La historia familiar siempre ha incidido en esta problemática, pero en la actualidad parece que este proceso se acentúa y con él, la marginación familiar de los abuelos.

La cuestión se agrava, por supuesto, cuando uno de los dos abuelos-pareja se muere, se enferma gravemente o se queda invalidado. Entonces hay que tomar una decisión familiar que no está prevista implícitamente en el modelo de familia puramente conyugal-nuclear: ir a vivir donde el progenitor viudo está viviendo (a menos que uno de sus hijos-as no se haya casado o haga del cuidado de su padre o madre su misión prioritaria de vida); llevarlo a casa de uno de los hijos casados (con el problema de la frecuente falta de aceptación de su cónyuge e hijos); dejarlo vivir sólo en su casa, o, finalmente, recluirlo en una Casa-hogar para personas de edad avanzada. Todo dependerá de las innumerables variables intervinientes, y significará un proceso de negociación entre los hijos-hermanos e, incluso, entre otros parientes consanguíneos y por afinidad involucrados.

La situación resulta difícil, sobre todo para el abuelo en cuestión, pues su condición no deja de ser forzada. Con mucha frecuencia, su actual situación no

fue prevista de antemano, y aunque así lo fuera formalmente, hay una historia atrás que condiciona muchas decisiones y alternativas teóricamente viables.

Entre estas alternativas podemos mencionar la misma experiencia conyugal de la persona de la tercera edad, pues de ella se derivan muchas consecuencias difíciles de recomponer.

La experiencia familiar del abuelo antes de serlo, como antecedente que trasciende en la tercera edad

Los datos que presentamos en los cuadros 4 y 5, tomados del estudio hecho en las tres ciudades medias antes mencionadas y de la reciente investigación sobre la religiosidad en el Distrito Federal, nos dan cuenta de la situación del abuelo, incluso antes de perder su pareja.

CUADRO 4
EXPERIENCIA MARITAL Y SENTIMIENTO DE SOLEDAD SEGÚN
GENERACIONES DE HIJOS CASADOS, PADRES Y ABUELOS. QUERÉTARO,
SAN LUIS POTOSÍ Y MORELIA
(Porcentajes)

<i>Variables estudiadas</i>	<i>Hijos</i>	<i>Padres</i>	<i>Abuelos</i>
Ha recibido maltrato físico	6	11	18
Tiene (o ha tenido) frecuentes discusiones acaloradas con su cónyuge	39	53	55
Ha pensado separarse de su pareja	19	21	15
En apuros recurre a familiares próximos	12	15	28
Su familia está desunida	8	10	15
Piensa que es mejor vivir solo en caso de enviudar	33	30	41
Se siente solo-a en la vida	36	35	50

Fuente: *Estudio IMES en ciudades medias, centro del país*, 1981, cfr. proyecto núm. 172, centro documental IMES.

Contra lo que podría esperarse, resalta de manera importante la percepción más negativa que los abuelos tienen de su propia experiencia conyugal, al compararla con la que expresan sus hijos y sus nietos casados, quizá debido a

que éstos apenas comienzan dicha experiencia basada en una más libre elección y aquéllos, quizá, no tienen la misma disposición para evaluar críticamente su situación conyugal vigente.

CUADRO 5
EXPERIENCIA CONYUGAL SEGÚN GENERACIONES: JÓVENES CASADOS
(15-24 AÑOS), ADULTOS (25-49 AÑOS) Y MAYORES (50 O MÁS AÑOS)
(Porcentajes)

<i>Variables estudiadas</i>	<i>Jóvenes casados</i>	<i>Adultos (25-49)</i>	<i>Mayores (50 y más)</i>
Experiencia conyugal declarada	5	12	23
Ha pensado en separarse	20	36	43
Ha sufrido indiferencia-abandono	5	15	23
Tiene desacuerdos en su vida sexual	20	26	33
Ha sufrido violencia de pareja	15	24	36

Fuente: *Investigación IMES sobre la religiosidad en la Ciudad de México, zona de Aragón, D.F.*, 1993, cfr. proyecto núm. 249.

Los abuelos, en cambio, parecen mostrarse un poco más autocríticos, sobre todo en el caso de la Ciudad de México en el año 1993. Los abuelos de la provincia, entrevistados todavía en la década de los ochenta, afirman, a pesar de todo (una mitad de ellos), que se sienten solos en la vida, pero que piensan que, en caso de enviudar, vivirían mejor solos que con otras personas.

De hecho, el porcentaje de familias unipersonales aparecido en las encuestas anteriores es bajo (4 por ciento en las ciudades medias), pero ya el mismo dato estadístico censal de 1990 nos apunta, en el Distrito Federal, 6.3 por ciento de viviendas unipersonales. Posiblemente éstas tenderán a aumentar y será considerablemente más alto en el caso de personas de avanzada edad.

De lo anterior se puede decir que la persona de la tercera edad, en el México actual, está viviendo una situación nueva, no prevista ni en la organización familiar en la que se educó en su primera edad, ni en la reciente: mientras que en la familia tradicional se tenía una menor presencia de ancianos en su seno y al mismo tiempo se enfatizaba más el “deber de la sangre” y su papel importante como símbolo y como realidad de abuelo sobreviviente (independientemente de su propio éxito afectivo conyugal y hasta de su papel rígido frente a los hijos),

familia “moderna” nuclear-conyugal centra toda la fuerza de la integración familiar en la unidad afectiva de la pareja marital y resta importancia a las relaciones consanguíneas más allá del vínculo inmediato de padres-hijos menores. Por eso, a las actuales personas de la tercera edad les ha tocado la transición, y en ella no pudieron asimilarse del todo al nuevo papel conyugal y afectivo con su pareja, pero tampoco ahora al que les toca vivir como abuelos distanciados relativamente de sus hijos casados.

En estas condiciones, el abuelo tiene que recurrir “al favor” de sus hijos o parientes cercanos, cuando aparece una situación difícil y de pérdida de la salud. En los datos presentados, más de la cuarta parte de ellos nos confiesan que así lo hacen. Pero la cuestión de fondo es cómo reciben esta ayuda: como un acto de conmiseración por parte de los demás o como una justa correspondencia a su propia aportación hecha de antemano. De ello dependerá el sentido de esa interrelación sustentada por la misma dinámica y organización familiar sobre la persona de la tercera edad.

Creemos que hasta ahora no existe un nuevo proceso de encauzamiento de interrelaciones generacionales más equitativas, y que la actual generación de personas de la tercera edad presenta una situación transicional difícil, pues llegan a la vejez con elevados porcentajes de frustración que hace más arduo su propio desarrollo autónomo e interfamiliar.

Implicaciones para la intervención institucional sobre las familias de las personas de la tercera y cuarta edades

Terminamos sólo con un apunte de lo que consideramos que puede ser una estrategia de intervención sobre la tercera edad.⁴

Necesidad y riesgo de una política social sobre la tercera edad

Necesidad, porque es evidente que hay una problemática colectiva que no ha podido aún ser tratada a tiempo; riesgo, porque la intervención social o pública

⁴ Véase al respecto: Ma. Inés Passanante, 1983, *Políticas Sociales para la Tercera Edad*, ed. Hymanitas, Buenos Aires. También puede consultarse: Leñero O., 1986, *La Asistencia Social Renovada*, ed. IJAS, México, y *Hacia una Construcción Social Autogestiva*, ed. IMES, México.

sobre el ámbito privado puede violentar e introducir nuevos problemas, a veces peores que los que se tratan, teóricamente, de resolver.

Toda política familiar tiene, por lo tanto, que responder, más que a los intereses de quienes dirigen las instituciones, al sentir y a las búsquedas que hacen las propias familias frente a sus problemas.

Por ello, en el tratamiento social de la vejez deben de evitarse enfoques recurrentes hasta ahora, como son el asistencialismo que estigmatiza y que hace más dependientes a las personas en situación difícil; el paternalismo equívoco que pretende controlar; el tecnocratismo que mira a la población como objeto de su planeación y programas ejecutivos, o el filantropismo desviado hacia el deseo de mostrarse bondadoso ante quienes se considera débiles e incapaces para salir adelante por sí solos.

Por eso mismo, también hay que ir más allá de una perspectiva puramente demográfica y numérica; la cuestión debe plantearse, al mismo tiempo que en sus dimensiones cuantitativas, en sus aspectos cualitativos. Se trata de la calidad de la vida de las personas de la tercera edad y de los suyos, y no sólo del cálculo de servicios asistenciales y materiales necesarios que el Estado debe de proveer.

De ahí que el primer paso para establecer una política de la tercera edad es el de evaluar a fondo las acciones institucionales de tipo burocrático hasta ahora emprendidas y replantearlas tomando en cuenta las necesidades sentidas de la población, reevaluando y reconociendo las capacidades evidentes y latentes de las personas de este ciclo vital tanto en lo económico como en lo social, en lo espiritual y en lo cultural.

Para ello, son indispensables estudios que reinterpreten, desde una óptica multidisciplinaria, la variedad tipológica propia de las personas llegadas a esta tercera edad, y la de sus familias y redes parentales: desde la situación que viven en sus diferentes ciclos siendo aún personas activas hasta la situación crítica de los ancianos abandonados por los suyos, y con ello evitar los planteamientos simplistas que se refieren generalmente al “anciano”, como si todos los de edad avanzada respondieran a un mismo patrón situacional y caracterológico.

La organización familiar e interfamiliar como recurso central y motor de una acción de y con la tercera edad

En primer lugar, nos parece clave el plantear un sistema de educación continua para el desarrollo biopsicosocial. La tercera edad es susceptible de formación

en muchos posibles campos de las habilidades ya antes aprendidas y practicadas, y en otras dejadas de lado en la vida adulta. Una “escuela” *sui generis* “de la tercera edad” (incluyendo la universidad de la tercera edad) puede ser un proyecto de largo alcance.

En segundo lugar, es preciso una promoción social llevada al ámbito de las comunidades vecinales, en donde aparezca el juego de las relaciones interfamiliares, con motivo de diversos asuntos y propuestas colectivas en las que se identifiquen las familias del vecindario. Ahí van a estar los adultos en el umbral de la vejez junto con los adultos jóvenes y con los adolescentes y niños. De ahí podrán salir proyectos *ad hoc* para el desarrollo y atención de la tercera edad. Mientras tanto, es preciso revitalizar las relaciones interfamiliares, no como producto de una acción gubernamental que exalta a la familia en abstracto, sino como parte de la promoción comunitaria, un tanto informal y espontánea, en el lugar correspondiente.

La política de las jubilaciones y las pensiones (independientemente de la cuestión del manejo financiero por parte de las instituciones bancarias)

No puede dejar de mencionarse, en este sentido, la necesidad de un replanteamiento de la jubilación, vista simplemente como desplazamiento laboral, para convertirla en sistema de trabajo colateral e, incluso, de servicio social, comenzando por el apoyo, promoción e intercambio intergeneracional. Puede pensarse en becas, en bonos de servicio social, en centros comunitarios de expresión y memoria colectiva e, incluso, en un sistema de financiamiento acumulado de seguridad social que sustituya a la vieja política financiera de pensiones marginales.

Hacia un estudio participante permanente

Finalmente, cabe pensar en la posibilidad de un estudio participante realizado por las mismas personas de la tercera edad, en cuanto a las formas de organización familiar y a la expresión de sus propias necesidades. El apoyo de los especialistas podrá servir como marco básico y como encauzamiento metodológico, pero es importante que las personas de la tercera edad generen sus propias identificaciones y demandas cuando todavía son personas con

capacidad y están involucradas activamente en el mismo mundo de sus hijos y sus nietos.

Bibliografía

- ALBA, Víctor, 1992, *Historia Social de la vejez*, ed. Laertes, Barcelona.
- ALMERICH, P., R. Duocastella y A. Serra, 1978, *Problemática social de la tercera edad en las islas Baleares*, ed. Obra Social para la Vejez, Caja de Pensiones para la Vejez y el Ahorro, Barcelona.
- ÁLVAREZ J., Mayra L. y Raquel Enríquez G., 1995, “La autovaloración de las personas de edad avanzada”, en *Tesis profesional*, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, depto. de Sociología, México.
- BEAUVOIR de, Simone, 1990, *La vejez*, ed. Hermes, México, D.F.
- CALDWELL, John, 1976, “Toward a restatement of demographic transition theory”, in *Population and Development Review* 2, No. 3 and 4, Ed. Population Council, New York.
- DUCASTELLA, Rogeli, 1976, *Informe sobre la tercera edad*, ed. Fontanella, Barcelona.
- ERIKSON, Erik H., 1988, *El ciclo vital completado*, ed. Paidós, México.
- ERIKSON, Erik H., 1986, *La adultez*, ed. Fondo de Cultura Económica, México, D.F.
- FREIXAS FARRÉ, Anna, 1993, *Mujer y envejecimiento: aspectos psicosociales*, ed. Fundación “la Caixa”, Barcelona.
- GONZÁLEZ, Luis, 1984, *La ronda de las generaciones*, ed. SEP-DGP, México.
- HOOKE, Susan, 1991, “Comprensión de sus problemas y auxilios prácticos para los ancianos”, en *La tercera edad*, ed. Gedisa, Barcelona.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA, GEOGRAFÍA E INFORMÁTICA, 1992, *Resultados censales, 1990 Departamento del Distrito Federal*, México.
- LAFOREST, Jacques, 1991, “El arte de envejecer”, en *Introducción a la Gerontología*, ed. Herder, Barcelona.
- LEÑERO, Luis, 1986, *La asistencia social renovada*, Ed. IJAS, México.
- LEÑERO, Luis, 1986, *Hacia una construcción social autogestiva*, Ed. IMES, México..
- LEÑERO, Luis, 1991, “El Ethos cultural en la perspectiva del cambio en las nuevas generaciones de México”, en *El Ethos en un mundo secular*, UAMI, México.
- LESHAN, Eda J., 1980, *La crisis maravillosa de la edad madura*, ed. Diana, México, D.F.
- LIDZ, Theodore, 1973, “Su desarrollo a través del ciclo vital”, en *La persona*, Cap. XVII.

MINOIS, Georges, 1987, "De la Antigüedad al Renacimiento", en *Historia de la Vejez*, ed. Nerea, Madrid.

PASSANANTE, María Inés, 1983, *Políticas Sociales para la Tercera Edad*, ed. Hvmánitas, Buenos Aires.

SHEEHY, Gail, 1978, *Las crisis de la edad adulta*, ed. Pomaire, Barcelona.